

# Diferencia y nacionalidad

Flavio Rapisardi

● Cuál fue el lugar de las minorías en la construcción de la nacionalidad y la ciudadanía argentinas? Para responder a esta pregunta Jorge Salessi, profesor de Literatura Latinoamericana del Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Pennsylvania, propone recorrer los lupanares del bajo Buenos Aires finisecular, que se preparaba para festejar el centenario de la Independencia. Ese espacio nómada que iba de recovas a puertos y callejones, donde la delincuencia y las sexualidades marginadas se codeaban fundando lo que Néstor Perlongher denominaba, de acuerdo con la escuela de Chicago, «zona moral», fue un ámbito en el que sexualidades, vicios y otras prácticas ilegales se anudaban tanto en los discursos normalizadores del poder, como en algunas estrategias de resistencia contra la dinámica de la economía capitalista que en esos días se expandía. En la misma tensión, tanto práctica como discursiva, de expansión-resistencia, Salessi reconstruye la conflictividad política, social, cultural y económica de un país que había consolidado su Estado en 1880 y en el que la lucha de clases se aceleraba, no solo por la radicalización de los reclamos obreros, sino también por la expansión de los sectores medios urbanos a partir de la ola inmigratoria, poniendo en duda a los que manejaban los asuntos oficiales como si fuera su estancia particular.

Jorge Salessi: ***Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina (1871-1914)***, Beatriz Viterbo, Rosario, 1995, 415 páginas.

En aquel Buenos Aires, el deambular deseante de los *flaneurs* sodomitas que contoneaban su deseo en la plaza Mazzini y la irrupción de las mujeres en la política y en las luchas sindicales de la mano del anarquismo y del socialismo, fueron percibidas como aceleración de la crisis del orden conservador por parte de la intelectualidad orgánica del régimen oligárquico. En esta situación, los sectores dominantes no se privaron de repensar un modelo de nación de acuerdo con los intereses que siempre defendieron: los propios, y, por lo tanto, abonaron todas las iniciativas intelectuales funcionales a tal fin. En este sentido, *Médicos maleantes y maricas*, sin coma entre el primero y el segundo significante, a pesar de las sucesivas correcciones ¿inconcientes? en distintas críticas y reseñas, aborda la cuestión de la identidad nacional y ciudadana en sus articulaciones con el género, la clase y la orientación sexual, a partir de una historización y una problematización de los modelos de nacionalidad y ciudadanía liberal en Argentina entre finales del siglo XIX y principios del XX.

Desde finales del siglo XIX, en América Latina se desarrolló una serie de debates en torno de la definición de una identidad cultural, nacional y ciudadana, propia. Esta discusión se articulaba con los procesos de estabilización de los Estados nacionales luego de años de revueltas y con la reconfiguración de las relaciones económicas internacionales a las que el continente debía sumarse. En este sentido, Salessi incorpora la batería conceptual del posestructuralismo para pensar el problema de la identidad, tanto la nacional como la genérica y la de las minorías, y su articulación con el temor a la «inversión» de las relaciones de poder presente en las diatribas legales y científicas del pánico homosexual («inversión» de la virilidad) y en los discursos sobre género («inversión» de la femineidad procreadora). Esta operación identitaria, como toda otra, se estructuró sobre la exclusión y el silenciamiento, como sostiene Judith Butler, de discursos y poblaciones, lo que en este caso implicó el desarrollo de complejos mecanismos políticos, científicos y jurídico-legales de vigilancia y represión sobre pobres, mujeres, homosexuales y maleantes por los «médicos maleantes» en la Argentina transicional.

Salessi realiza un recorrido de los modelos de nacionalidad y ciudadanía a partir de una meticulosa operación sobre textos ficcionales, «científicos» y jurídicos en los que rastrea los cambios y continuidades en los «dispositivos civilizatorios» propuestos por la oligarquía conservadora argentina. Desde *El matadero* de Esteban Echeverría, texto «fundacional» de la literatura nacional, pasando por la prolífica prosa de Domingo F. Sarmiento y arribando, para deconstruir pacientemente, a los higienistas-positivistas-criminólogos como José Ingenieros, Francisco de Veyga, Emilio Coni, J.M. Ramos Mejía, entre otros.

Ya en la ideología sarmientina, anota Salessi, se prefigura un protohigienismo en el modelo de análisis que se funda sobre la dicotomía «civilización o barbarie», en tanto la inmigración era identificada como la «circulación» que drenaría el cuerpo de la nación, curándolo de la barbarie nativa que lo ataba al atraso y no le permitía incorporarse al «concierto» de las naciones. La combinación de libre circulación de personas, mano de obra, mercancías y capital fue la receta del «maestro de la patria» para dejar atrás el pasado indio e hispánico que anclaba, según él, a la nación en el pasado. Pero las bondades de la circulación presentaba como contracara el peligro de los «flujos visibles, flujos invisibles» acarreados por esas corrientes. Tanto la inmigración como las constantes migraciones internas debidas a la imposibilidad de asentamiento como producto de la propiedad terrateniente, generaron dinámicos desplazamientos poblacionales, lo que hacía necesario modos de control tan móviles como esos flujos. Frente a esta problemática se articuló un nuevo «modelo civilizatorio». Salessi cita cómo Sarmiento, frente a la epidemia de fiebre amarilla que azotó Buenos Aires en 1871, renegó de sus antiguas propuestas de «ferrocarriles, exposiciones y educación» y propuso construir redes de agua potable para regenerar a la nación.

Poco a poco, a medida que la oligarquía conformaba un mercado capitalista en la Argentina, con fuertes desigualdades de clase, con represión y con la atractiva ornamentación primermundista en sus ciudades cada vez más llenas de inmigrantes y artefactos, la ideología que se sustentaba en la jerarquización entre bárbaros y civilizados (Sarmiento) u hombre del interior y hombre del litoral (J.B. Alberdi) comenzó a ser suplantada por el higienismo positivista que alcanzaba en todo el ámbito del país a los flujos migratorios-inmigratorios bajo la apariencia de la universalidad humanista, la apoliticidad, la asepsia y la objetividad que pretende el saber médico.

¿Quién era el enemigo para los higienistas en el proceso de reorganización nacional que se abrió en la Argentina a fines de 1800?; ¿sobre quiénes tenían que operar para integrarlos al ámbito de la ciudadanía y al de la argentinidad? En los textos abordados, Salessi reconstruye una importante producción simbólica en la que la «patria» aparece amenazada por varios enemigos. En este sentido, el higienismo se propuso «sanear» e «integrar» la nación frente a los maleantes, es decir, los que se oponían al orden que la oligarquía criolla había estabilizado a fuerza de fraude y represión: inmigrantes pobres, activistas políticos, mujeres trabajadoras y homosexuales, considerados como elementos de la «anarquía», debían ser sometidos a un prolijo y obsesivo sistema de control que no distinguía entre lo público y lo privado. Su peligrosidad residía en que en sus deambulares,

los voceros del orden interpretaban el resquebrajamiento que anunciaba el fin de una época para la que debían prepararse. Y lo hicieron.

La creación del Departamento de Higiene, el impacto y la importancia cultural concedida a los médicos higienistas, la articulación de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires con la policía, el servicio penitenciario y la morgue judicial, permiten a Salessi avanzar sobre su hipótesis de la creación de un nuevo dispositivo, que bajo la excusa de la salubridad creó un sistema de control de los flujos inmigrantes y migrantes. Pensemos en los rigurosos controles a los que fueron sometidos quienes llegaban de Europa, las nuevas poblaciones que se asentaron en conventillos con servicios deficientes y escasos, y la «mala vida» de los arrabales en los que los intercambios no controlados, homosexuales o heterosexuales, eran considerados un peligro para la recia clase patricia. Este sistema pasó de las técnicas de cuarentena a las de diversificación. Este último modo es el que articuló la compleja y sincronizada red entre universidad, policía y sistema jurídico. El carácter de clausura del dispositivo de cuarentena fue suplantado por el diversificado, que funcionó como un panóptico móvil sin obstaculizar la circulación de mano de obra, capital y mercancías, pero vigilando y reprimiendo los flujos peligrosos que atentaban contra el orden latifundista.

Ya entrado el siglo xx, el higienismo fue reforzado y transformado por otro dispositivo: la criminología, que se especializaba en un tipo muy particular de dolencia: la «enfermedad social» que se esparcía rápidamente sobre la clase obrera contaminando por algunos caminos *non sanctos* a la propia clase hegemónica. El conventillo, el puerto y las plazas fueron, como para el higienismo, focos de esta enfermedad que se manifestaba bajo la forma del «frenesí huelguista» o el «carácter agitativo». Y en distintas formas de «alienación» a la manera de la homosexualidad que adquiría, a veces, las formas de la simulación travesti y, por lo tanto, era una afrenta no solo a la moral media, sino también un desafío para las ansias disciplinarias del Estado. Estas formas de «alienación» son leídas por Salessi como problemas de clase que eran presentados y transfigurados en «anomalías individuales». En esta operación, la anormalidad de los «alienados sociales» fue utilizada como vara para medir y ratificar los protocolos de moralidad burguesa necesarios para formar parte de la ciudadanía y del electorado nacional que iba camino de concretarse por una apertura política que el propio régimen se vio obligado a conceder a través de la ley Sáenz Peña.

En este contexto, Salessi centra su reflexión en la cuestión de la cultura homosexual en Buenos Aires, pero no con una intención antropológica

al modo de ciertos multiculturalismos acríticos, sino para recuperar la complejidad de una subcultura urbana y de comprender la articulación de los discursos del «pánico homosexual» con el de la construcción del sujeto argentino. Esta configuración que relaciona los problemas de clase, género y orientación, es a mi entender el principal aporte de *Médicos maleantes y maricas*. Las lecturas de las investigaciones higienistas y criminológicas hechas en la Argentina no habían relevado los textos referidos a travestis de principios de siglo como Aurora o Manón, y mucho menos intentado repensar las articulaciones de estos textos e historias con «la historia» argentina. La homosexualidad fue considerada por estos intelectuales del nuevo siglo, como una «enfermedad extranjera», básicamente italiana, y era visualizada como un peligro para los oligarcas criollos, sobre todo sus niños, medida y simiente del porvenir de la grandeza nacional que ellos creían encarnar. La raza criolla estaba en peligro frente a las mujeres masculinas y los hombres femeninos, y el poder podría afeminarse, invertirse, decaer si no se controlaba este flujo apátrida. En una dudosa asociación de nacionalidades, se temía que la homosexualidad italiana condujera a la patria a la «decadencia asiática». Pero, como sabemos según alertó Edward Said, en esta ideología sobre oriente se articula más un complejo entramado de proyecciones y represiones que un saber referido.

Los criminólogos, al igual que los higienistas, ocuparon así el lugar del funcionario público y preceptor de la nacionalidad que no reconocía ni los límites institucionales que pretendía la Iglesia Católica para sus escuelas privadas/confesionales, o la Sociedad de Beneficencia formada por las mujeres de la aristocracia con la que se enfrentaron por el control de los hospicios. Estos celadores del espíritu nacional no dejaban de creer en sus propias fabulaciones a la manera del empirismo más craso: descubrían tras las hierbas lo que ellos mismos habían ocultado. Bajo formas discursivas en las que se mezclaban testimonios, apelaciones biologists, una sociología llana y racista, y dudosos términos científicos –algo muy parecido a las operaciones teóricas de los sociobiólogos más básicos– los criminólogos del nuevo siglo intentaron atar las anomalías que consideraban peligrosas a la acción del medio en decadencia al que en realidad apuntaban su afán disciplinario. Así, en una tripartición inconcebible, consideraron que la homosexualidad podía ser de tres clases: congénita, adquirida y profesional. Para la congénita no tuvieron más que invectivas morales, pero bajo cierto manto de misericordia. Ante la adquirida y la profesional no se cansaron en señalar su peligrosidad. En este sentido, Salessi muestra que esta operación teórica que apuntaba al medio tendía a confirmar y justificar la existencia de las jerarquías y la acción de las clases hegemónicas frente a una turba peligro-

sa y decadente. Los lupanares en donde maleantes, mujeres, homosexuales y agitadores circulaban confundidos, eran el hábitat infeccioso para el que los criminólogos no se ahorraron ideas ni recomendaciones susurradas al oído policial. Sostenía Veyga: «lo mismo que se ha hecho invertido ha podido hacerse delincuente u otra cosa cualquiera, si la sugestión lo hubiera solicitado en otro sentido».

De este modo, Salessi concluye que el higienismo y la criminología fueron prólogos de la ley Sáenz Peña, que instauró el voto falsamente universal y obligatorio con el que la aristocracia conservadora buscó frenar la creciente presión popular. Estos sistemas civilizadores intentaron moldear, de acuerdo con protocolos patricios, al nuevo hombre argentino alejado de esas masas que invadían los espacios públicos porteños exigiendo mayor bienestar y participación, cuando no el ejercicio del poder; y de fijar las condiciones de acceso a la ciudadanía que por *ius solis* no les correspondía por su carácter de turba extranjera e invitada.

Según Salessi, maleantes, mujeres y maricas configuraron así el límite de la buena sociedad liberal, como sostiene Mary McIntosh en *The Homosexual Role*, en los intentos oligárquicos de dotar al país de una identidad burguesa y viril. Pero frente a estos ensayos, maleantes, mujeres y maricas se resistieron aprovechando las complicidades de la calle, accediendo a discursos de resistencia (el conocimiento de las ideas de Magnus Hirschfeld por parte de los homosexuales porteños) o armando estrategias y circuitos subterráneos desde los que se minaban una y otra vez las pretensiones de los patrones de estancia, muchas veces riéndose de lo que hoy ya vemos como una aventura irrisoria a la que la historia hizo justicia. Como la carta en que la travesti «La bella Otero» se cuestiona: «Muchos hombres jóvenes suelen ser descortesés conmigo. Pero ha de ser de ganas de estar conmigo, y ¿por qué no lo consiguen? Porque no puedo atender a todos mis adoradores». Y cierra escribiendo: «Esta es mi historia y tengo el honor de regalarle al doctor Veyga algunos retratos con mi dedicatoria». En esas fotos la travesti no abandona su *performance*, que constituye toda identidad, y mira a la cámara sin pudor como diciéndole al médico, que utilizó la misma carta como prueba en sus investigaciones sobre la inversión, lo que a principios de 1990 el movimiento *queer* gritó al mundo cansado de discutir sobre la naturalidad o el carácter cultural de la homosexualidad y de supeditar la dignidad a ese debate: «Aquí estamos, estos somos, acostúmbrense». Y resistiéndose en su «porte correcto y sugestivo» a renunciar a la empresa de construir una nueva *polis* en la que justicia y reconocimiento no sean divorciados.